

Señor Alcalde, Don Francisco de Paz, y demás miembros de la Corporación Municipal, distintas autoridades, vecinos y amigos. Buenas noches a todos.

Me siento un poco abrumado en esta tribuna, entre otras cosas porque tengo la sensación, más bien la certeza, de que hay mucha gente que tiene muchos más méritos que yo para estar hoy aquí y pronunciar este pregón. Muchos de los que podría citar son además mis amigos, con los que jugué por cierto, cientos y cientos de horas en esta querida Alameda.

Cuando el señor alcalde me llamó para ofrecermelo el estar hoy aquí, con vosotros, para de alguna manera dar el inicio a las Fiestas de Nuestra Señora de Montserrat, únicamente le puse una condición. Y esa condición fue que no quería dar un discurso demasiado académico. No soy experto en la historia del pueblo. No soy científico. Soy simplemente un periodista, y ya saben que los periodistas no somos expertos en nada, aunque muchas veces pequemos de creer saber de todo, y de opinar de todo. En cualquier caso, si alguien quiere saber de dónde venimos, qué es lo que fuimos, les recomiendo, por razones personales, pero sobre todo por razones objetivas, el libro *San Andrés y Sauces, una mirada a su pasado*, de José Antonio Batista y Néstor Hernández.

Mis mejores jefes en el mundo del periodismo siempre me han dado un consejo: en televisión, hay que escribir para que te entienda tu abuela, que está sentada en el salón de su casa y que sólo puede escuchar la noticia una sola vez. Mis abuelas murieron hace ya muchos años, pero en esta Alameda hay muchos vecinos y amigos a los que me gustaría acercarme con un lenguaje cercano, y que escucharán los nombres de otros vecinos a los que citaré por sus nombres, pero también por sus apodos, porque si algo bueno tienen los pueblos es que somos pocos y el apodo que te ponen es inconfundible, es un código de barras que te acompaña toda una vida.

Les hablaré del presente y del pasado, daré alguna nota histórica sí, pero sobre todo les hablaré de un pasado basado en las fotos de mi memoria, en mis recuerdos de infancia, la de un niño que, como otro cualquiera, creció y se educó en este pueblo y que, como tantos otros jóvenes, se marchó a estudiar fuera, que vive y trabaja fuera, pero que regresa a su pueblo siempre que puede, y no me pregunten por qué. Supongo que, además de la familia, uno necesita reencontrarse con los olores, con los sabores, con los paisajes y con los amigos que conforman nuestra particular memoria colectiva.

Supongo también que la idea de volver nos ronda a todos los que, por determinadas circunstancias, vivimos ahora lejos del pueblo. A menudo solemos comparar nuestra infancia con el presente, y vemos ahora con preocupación cómo el censo disminuye, cómo el municipio, casi por goteo, va perdiendo habitantes, cómo hay menos alumnos en las aulas del colegio o del instituto.

Supongo que ese éxodo que sufren todos los pueblos, y del que San Andrés y Sauces no es ajeno, se debe sobre todo a razones profesionales y a la crisis que amenaza a nuestras islas pequeñas, a las islas menores. La realidad es que no es un fenómeno nuevo. La historia de Los Sauces guarda episodios remotos de vecinos que buscaron suerte y fortuna lejos del pueblo.

Viajemos sólo un momento hasta 1884. Ese año, un científico francés, René Verneau, visitó la isla de La Palma. Paradójicamente, en las memorias de aquel viaje, Verneau habla de la capital, Santa Cruz de la Palma, como una ciudad en decadencia. De Los Sauces destaca, por contra, sus abundantes cultivos agrícolas.

Desde finales del siglo XIX hasta las dos primeras décadas del siglo XX, resulta que muchos vecinos de este municipio decidieron salir de aquí y participar, de alguna manera, en la reactivación económica de la capital. Comerciantes, ferreteros, constructores de barcos, exportadores de plátanos que tenían nombre y apellidos: Manuel Rodríguez Acosta, la familia Herrera, los Cansecos, José Francisco Martín Martín o Máximo Hernández Feliciano.

Probablemente, todos los que un día emprendimos una vida lejos de aquí, nos hemos preguntado alguna vez cómo serían nuestros pueblos sin ese éxodo, si las personas que crecimos, nos educamos y nos formamos en San Andrés y Sauces, nos hubiéramos atrevido a dar el paso, a desarrollar nuestras carreras en este municipio, o al menos a intentarlo antes de cerrarle las puertas cuando partimos a la universidad.

La vida es contradictoria. Pasamos de la niñez, a la adolescencia y la juventud, y en cada etapa que quemamos sentimos que el pueblo se nos queda pequeño, que somos como aves enjauladas que necesitan volar, conocer otros mundos que en muchos casos pasan por la universidad. Ya sea en La Laguna, en Las Palmas, en Madrid o en cualquier otra gran ciudad. Y cuando estamos fuera y pasa el tiempo, pareciera como si nuestro reloj biológico nos pidiera regresar. En mi caso, los años vividos en Madrid, Bogotá o Moscú, también los viajes por el mundo con los que me ha bendecido mi trabajo, me han permitido valorar en su justa medida todo lo que me pierdo cuando no estoy en Los Sauces. Y permítanme que les dé un par de ejemplos.

El primero tiene que ver con las papas... Créanme cuando les digo que no he probado, en ningún lugar del mundo, papas como las de Pajares, aquí arriba, justo por debajo del Llano Clara. De pequeño me las ponían y me daba pereza comerlas. Y resulta que ahora pagaría lo que fuera por tener una lonja en Moscú, para coger un par de papas, de las de aquí, todos los días. Rusia ha sobrevivido a grandes tragedias durante el siglo XX: una revolución, una guerra civil, dos guerras mundiales o la hambruna decretada por Josif Stalin en varias repúblicas de la extinta Unión Soviética.

Muchos de los campesinos sobrevivieron gracias al cultivo de la papa, así que ese producto está muy arraigado en la cultura popular del país, y también en la culinaria... Pero nada, repito, comparado con las papas de Los Sauces.

En Colombia, uno de los platos más populares del país es un potaje que se llama Ajiaco. Lleva pollo, alcaparras, un chorrito de nata, una piña de millo y siete clases de papas. Cada una de las papas tiene una textura diferente, unas más duras, y otras más blandas que se diluyen y le dan la textura perfecta a ese manjar. Créanme, ninguna de esas papas sabe como las de aquí.

Perú, en mi opinión, tiene la mejor cocina del mundo. Ese país tiene un ramal de la cordillera andina, altiplano, costa y Amazonía. En resumen, distintos climas, distintas alturas. Y en toda esa extensión hay catalogadas más de mil clases de papas. No sé cuántas he probado, pero insisto, ninguna como las que da nuestra tierra. Si los grandes cocineros peruanos, si Gastón Acurio o Rafael conocieran las papas de aquí, tendrían un motivo más que justificado para subir lo que quisieran el precio de sus menús.

No quiero contar batallas personales, pero sí compartir con ustedes algún recuerdo que tiene que ver con las papas. En el verano de 2006 pasé más de un mes en Líbano comiendo arroz y cordero, todo un lujo cuando estás cubriendo una guerra. Durante aquel mes de agosto llegué a soñar, dos días, que entraba por la puerta de mi casa y me recibían con una bandeja de papas. Por supuesto, eran de Pajares. Y la felicidad infinita de ese momento no la estropeó ni el despertador que truncó ese sueño, ni la guerra que destrozó aquel país.

Todo esto evidentemente, no viene por arte de magia. Tiene que ver, sin duda, con la calidad de nuestra tierra y de nuestra agua. La historia dice que ya a principios del siglo XVI, había dos ingenios de caña de azúcar en lo que hoy es San Andrés y Sauces. Eso significa que ya en aquella época teníamos cultivos intensivos, es decir, tierra y agua.

Estanos en un pueblo que tiene un manantial increíble. Los Nacientes de Marcos y Corderos se explotan desde hace más de 500 años. Ningún municipio tiene la suerte del nuestro, con unos manantiales que ofrecen probablemente, la mejor agua del mundo para beber, y la mejor agua del mundo para regar. Crecimos bebiendo un agua del grifo que no sabíamos apreciar... hasta que viajamos fuera.

Y sin embargo, mis primeros recuerdos de Marcos y Corderos no son precisamente buenos. La primera vez que pasé aquellos túneles que llevan a los Nacientes, con perdón, casi me cago de miedo. Supongo que tampoco fui el único que casi se abre la cabeza contra las piedras que cuelgan del techo...

Hoy sin embargo sueño con el agua de Los Sauces. Y les explico el porqué: el agua de Moscú tiene tal cantidad de plomo que no es apta para el consumo.

Se bebe agua embotellada, mala y cara. Hace unos años, una conocida empresa dedicada a la comercialización del agua realizó un estudio sobre la calidad del agua en nuestra tierra. Y el resultado fue el siguiente: En Marcos, el nivel de pureza del agua fue del 93%; en Corderos, del 91%; y en la galería del Pozo el nivel de pureza alcanzó el 96%. Sinceramente, hay poco más que añadir... Insisto, creo que no valoramos en su justa medida el maravilloso regalo que nos ha dado la naturaleza.

Todo esto que añoro cuando estoy fuera, el agua, las papas, las naranjas, los amigos, me lleva irremediamente a mis años de infancia... y a muchos recuerdos vinculados directamente a las fiestas de Septiembre que están a punto de comenzar.

Por qué no decirlo... Yo fui un niño feliz. Y creo que todos, o casi todos los niños de mi generación pueden decir lo mismo. Crecer en este pueblo me ha dado muchísimas más alegrías que momentos de tristeza. Los que vivíamos en la plaza lo teníamos fácil. Siempre había algún amigo disponible para pasar el rato. O estaba Julián el de María Esther, o Carlitos Morocho, o aparecía Willy, el de Julián el electricista, o llamabas a Carlos Tavo o a Richard el de Paco Lugo. Siempre había alguien para echar una partida de boliches, para jugar al fútbol aquí al lado, en el polvorín, o a *chuleta revencuda* en esta queridísima Alameda, o a indios y vaqueros, o la ladrones y policías, o a esconderte entre ñameras esperando a que aparecieran los amigos de otro barrio a los que, paradójicamente, ese día les habías declarado la guerra.

Era maravilloso el sentido tan difuso que teníamos de la propiedad privada. Porque no te cortabas un pelo al entrar en un huerto de caña de azúcar en Los Silos y pasarte allí media tarde mascando caña, aunque luego no durmieras por la noche porque tenías las manos llenas de picos, de aquellos que eran tan finos que no se veían, pero que se tomaban cumplida venganza por robar aquellas cañas.

Era maravilloso ir a comer nísperos o ciruelas a cualquier huerto del barranco de Los Tilos. Los dueños casi nunca aparecían, como si no quisieran interrumpir nuestras meriendas furtivas y nuestros sueños de libertad.

Era maravilloso descubrir que un pueblo se paralizaba, que se cortaba la carretera y se llenaba la plaza para ver a unos fenómenos jugando al baloncesto, a Pepe Duque, a Santi Farmacia, a Néstor, a Manolo Medina o a Jesús el de Pancho. Ellos pusieron la semilla que luego recogieron Basilio, Zoilo, Carlos David, Víctor o nuestro querido Cristóbal. Yo siempre he dicho que mis mejores amigos los hice jugando al baloncesto, y todos los amigos y vecinos que acabo de citar, tienen la culpa de que me enganchara a este deporte. Así que hoy no me queda más remedio que animar a mis sobrinas a que cojan una bola de basket y se diviertan todo lo que puedan. Y este es un mensaje para todos los niños que estén escuchando: no se engañen, muchachos, no se puede comparar una pachanga de baloncesto con una cacería de pokemon.

Muchas veces pienso en las infancias que tienen los niños en las grandes ciudades, la infancia que le espera a mi hijo Lucas, que ha comenzado a conocer el mundo en una ciudad de 15 millones de habitantes. Y todo debe ser mucho peor que lo que vivimos nosotros. Aquí los amigos estaban cerca y los vecinos mayores eran cómplices y guardianes. Si les decías a tus padres, "me voy a la plaza", se quedaban tan tranquilos porque siempre había un conocido que te podía echar un ojo. Te cuidaba, y de paso administraba las dosis de tranquilidad que necesita cualquier madre.

La mayoría de esos amigos inquebrantables fueron también compañeros de aulas, en Parvulitos, en EGB, o en el Instituto. Me gustaría rendir hoy un pequeño homenaje a aquellos maestros, muchos de ellos sauceros, que acompañaron nuestro crecimiento y alimentaron nuestras carreras. Cuando uno lee la historia de este pueblo, la educación viene asociada a nombres que nos acompañarán para siempre, como la maestra doña Candelaria Quesada, o don Leopoldo Martín. Yo quisiera sin embargo acordarme hoy de Doña Isabel, de Isabel la de Nérida, porque fue la primera en mostrarme que la escritura es un arma tan poderosa que te puede llevar hasta donde quieras, que te permite viajar gratis y soñar con mundos que jamás visitarás. Los niños de mi generación tuvimos la suerte de contar con doña Doña Isabel, y con otros maestros de este pueblo que se empeñaron en mostrarnos que la educación es el camino, porque desde que ponemos el pie en la escuela empezamos a forjar lo que seremos décadas después.

Seguramente habréis escuchado alguna vez que la ignorancia se cura viajando o leyendo, que uno es un poco menos ignorante cuando lee o cuando viaja. De la lectura se ocuparon nuestros maestros, con mayor o menor suerte. De los viajes, tal vez, nosotros mismos. Porque ¿quién de nosotros no aprendió a viajar descubriendo la maravillosa geografía de nuestro pueblo?. Yo vivía en la plaza, pero siendo muy niño formamos un equipo de fútbol que se llamaba la Carretera, porque todos los jugadores, Richard el de Paco Lugo, Angel Luis, Gilberto o nuestro inolvidable Roberto Ibarria, vivíamos en ese tramo de carretera general que atraviesa nuestro pueblo. El día que nos tocó jugar contra El Bebedero emprendimos una cuesta inacabable que ascendía por los Lomitos. Atravesamos huertos de ñames, huertos de papas, pisamos acequias y confirmamos que aquel campo estaba tan alto que nos faltaba el oxígeno, como les ocurre a los equipos sudamericanos que juegan en La Paz, la capital de Bolivia, a casi 4 mil metros de altura.

El sábado siguiente te tocaba jugar contra el Puerto, y comenzabas a bajar por el barranco de La Caldereta, cruzabas Manos de Oro, Quinta Zoca, y todavía te quedaba un trecho para llegar a aquel terraplén lleno de piedras, mientras las grúas cargaban bloques de cemento de varias toneladas para construir el dique del puerto.

Esos viajes eran la mejor manera de dibujar y conocer la geografía del pueblo, y de darte cuenta de que crecemos entre barrancos infinitos, de que nos elevamos de abajo arriba, desde el nivel del mar hasta la cumbre, atravesando huertos de plátanos, plantaciones de caña de azúcar, ñames, boniatos o papas.

He hablado del agua y de las papas, pero podría hablar de mucho más. De todo lo que se cultiva en un pueblo donde históricamente muchas familias han vivido de lo que les ha dado la tierra. Quisiera acordarme también hoy de los que en su día tuvieron que emigrar, porque o no tenían tierra, o no les daba para vivir. Miren hacia atrás y comprobarán cómo muchos de los que estamos aquí reunidos, tuvimos algún pariente que emigró a Cuba, a finales del siglo XIX y principios del XX, para trabajar en la zafra. Probablemente varios de los que estamos aquí tenemos también a algún pariente que emigró a Venezuela, para aliviar en alguna medida las penurias de la posguerra. Y eso que en nuestro municipio la emigración no fue tan acusada como en otros pueblos, porque aquí, repito, teníamos agua, y teníamos tierra. Yo recuerdo el día en que, siendo adolescente, intenté levantar la maleta de madera que mi padre se llevó a Venezuela. Una maleta similar a la que cargaron miles de canarios. Estaba vacía y ni siquiera pude alzarla un palmo del suelo. Por mucho que nos hubiera contado, esa fue la mejor metáfora del peso que soporta el emigrante.

Cuba y Venezuela abrieron las puertas a miles de canarios, también a sauceros. Muchos de ellos se quedaron allí para siempre, pero les puedo asegurar que no olvidan sus raíces. En 2014 pude visitar el Hogar Canario de Venezuela. Y allí encontré a matrimonios que llevaban más de media vida en Caracas, que habían comido ya más arepas o cachapas... que leche y gofio o papas con mojo, pero que recordaban al milímetro la geografía, las calles, las plazas, los rincones de sus pueblos. Tengo la sensación de que hoy, no somos tan generosos con los latinoamericanos que hacen el camino inverso, y que tocan a nuestras puertas pidiendo una oportunidad. Y me pregunto: ¿Qué hubiera pasado si Cuba o Venezuela hubieran rechazado a nuestros padres o abuelos?

Muchas veces bromeo con mi padre y le digo que soy el único de sus hijos que siguió su camino y se marchó al extranjero. Y él me responde que la diferencia es que yo me marché formado y con un buen trabajo, y que él, como muchos otros, se subió a un barco sin un duro en el bolsillo y estuvo un mes navegando para empezar de cero.

En el fondo, da igual la forma en la que nos hayamos marchado, o la suerte que hayamos corrido. Creo que todos los que estamos fuera sentimos la misma añoranza de nuestro pueblo.

Vivir fuera implica superar esa añoranza, y a veces, también, recibir golpes muy duros, noticias que te atraviesan el corazón sobre amigos del pueblo que se fueron antes de tiempo, de los que no te pudiste despedir, y a los que no volverás a ver.

Y del llanto y la nostalgia pasas al recuerdo, a los buenos momentos vividos, muchos de ellos, claro, en las fiestas de septiembre.

Una noche te llaman a Moscú y te dicen que se murió Kiko Calle, Kiko el de Emiliana. Y cuando empiezas a asimilar la noticia recuerdas que Kiko fue lo más parecido a Maradona que hemos tenido en el pueblo. Cuando Maradona dejó sentado a medio equipo inglés en el Mundial de México yo tenía 12 años. Y lo que hizo aquel día el astro argentino, yo, ya se lo había visto hacer a kiko. Primero, en el callejón, arriba, en la calle, donde las porterías eran dos piedras; y luego, en aquellos torneos de verano previos a las fiestas de septiembre. Tú llegabas al poli del mikinés, te sentabas, abrías un paquete de pipas, y kiko ponía todo lo demás... el fútbol, el arte, la fantasía.

Otra noche te llaman y te dicen que se murió Cristóbal Mendoza. Y de repente empiezas a preguntarte cómo a un tipo al que no le cabe el corazón en el pecho se le ha parado, precisamente, el corazón. Cris era un portento físico, el mejor compañero y el mejor rival que uno se podía encontrar en una cancha de baloncesto. Era un tipo que te alegraba un torneo de verano, y el mejor director de orquesta en las romerías.

Otra noche te llaman y te dicen que se murió Nieves Esther. Y de repente te encuentras caminando sin sentido en un parque de Moscú, con un frío que pela, pero has bajado sin abrigo porque ya la noticia te ha dejado congelado. Nievitas era amiga de sus amigos, presumida y coqueta, confidente y generosa, muy generosa. Las Fiestas no son las mismas sin sus conversaciones.

Nieves, Kiko, Cris, y todos los que se han ido, son también las Fiestas de Septiembre. Y seguro que allí donde estén quieren que nosotros, y las nuevas generaciones, sigamos emocionándonos con los días que se avecinan. Seguro que quieren que revivamos aquellos momentos en los que, siendo niños, se nos encogía el corazón con la explosión del volador que anunciaba el inicio de la carrera de caballos; seguro que quieren que disfrutemos del olor de los churros, de los torneos de fútbol o baloncesto, del baño en el charco para aliviar los excesos del día anterior. Seguro que quieren que nos imaginemos de nuevo comprando unas rifas en la tómbola, acompañando a la Virgen en la procesión de la Lama, pidiendo cinco duros a tus padres para ir al kiosko de Pancho, o viendo cómo moría la noche y el amanecer anunciaba otro día, y todos seguíamos allí, moviéndonos al ritmo de la orquesta Maracaibo y pidiéndoles otra, y otra, y otra, porque nadie quería marcharse a su casa....

Todo eso forma parte de mi memoria de las Fiestas. Y puede que, en cierta medida, también de la vuestra. Ojalá las disfruten de nuevo este año.

Gracias a todos por estar aquí hoy, por compartir estos recuerdos. Pásenlo bien, y que empiecen las Fiestas en honor de Nuestra Señora de Montserrat!!